

Lluís Pons Pujol (ed.), *Paradisos. Horti. Los Jardines de la Antigüedad* (=Col·lecció Instrumenta 71), Barcelona, Universitat de Barcelona Edicions, 2020, 262 pp. [ISBN: 978-84-9168-604-0].

En las últimas décadas, el estudio de los jardines en la Antigüedad ha experimentado notables avances gracias a los desarrollos científicos de las diversas disciplinas necesarias para su análisis. Este volumen, como resultado de estos logros, incorpora un total de nueve artículos en los que diversos especialistas nacionales e internacionales abordan la evolución de las múltiples funciones y concepciones del jardín en el mundo antiguo. Grosso modo, pueden distinguirse dos secciones claramente diferenciadas según el ámbito geográfico de estudio: por un lado, Próximo Oriente y Grecia y, por otro, Roma. Sin embargo, las distintas intervenciones se encuentran especialmente interconectadas al disponerse en un marcado orden cronológico que permite conocer el ámbito de influencia de los jardines de una determinada cultura en las subsiguientes.

En el primer capítulo Ariel M. Bagg se centra en los jardines reales del periodo neasirio (934-608 a.C.) como fuente para el estudio de la historia de los jardines desde los orígenes de su desarrollo formal y conceptual y, más en particular, como evidencia material de la idea asiria del dominio sobre el mundo. Lo hace prestando especial atención a los jardines de la que fue la capital del imperio asirio, Nínive (Mosul) donde el jardín alcanzó su máximo apogeo tras las sucesivas fases previas experimentadas en su diseño y concepción. Atendiendo a los diversos datos proporcionados por la topografía, la arqueología, las inscripciones reales y las representaciones de los relieves en los palacios asirios, la autora concluye que, en la Nínive del primer milenio, el jardín de placer se convirtió en el parque apaisajado o jardín universal donde se recreaban las regiones conquistadas por los monarcas asirios para exaltar la dimensión de dominio del rey sobre la naturaleza, sobre su pueblo y sobre todo el mundo. Se trata de una concepción del jardín con una gran diversidad de flora y fauna con connotaciones sobre la capacidad de control y dominio del soberano que influyó a los jardines reales persas y, que subyace en el resto de capítulos.

El capítulo segundo analiza la simbología asociada a la flora del jardín egipcio. Marguerite Erroux-Morfin elabora un completo catálogo de las especies más comunes en este tipo de espacios a partir de las informaciones proporcionadas por las fuentes escritas, la arqueología, la iconografía y las inscripciones procedentes de algunas de las tumbas del Imperio Antiguo o Nuevo. La metodología de enumerar en detalle diversas especies atendiendo a factores de procedencia, apariencia física, propiedades botánicas y connotaciones simbólicas como las de eternidad, renovación o protección, permite vincular ciertas especies con determinadas tipologías de jardín, especialmente el jardín funerario. En este capítulo la presencia de flora autóctona o aclimatada en Egipto, especialmente de diversas especies de árboles, también se asocia a una simbología política y divina que puede vincularse a las diversas campañas de los sucesivos faraones.

En el capítulo tercero, María Cruz Cardete deconstruye la dicotomía que opone la naturaleza y la cultura para definir el bosque y el jardín griego como dos elaboraciones culturales complementarias. Realizando un breve recorrido por las fuentes griegas arcaicas y clásicas consigue demostrar que lo que se plantea como una oposición ideológica entre el bosque y el jardín, no se lleva a término en la práctica. Ambos son el producto del mismo pensamiento aristocrático que los crea con la finalidad de proclamar su capacidad de control y dominio sobre el medio natural. El análisis de la evolución del jardín griego desde el periodo arcaico hasta finales del mundo clásico, atendiendo a diversas fuentes arqueológicas y escritas, lleva a la autora a concebir al jardín griego como un elemento más del paisaje en el que se enlazan lo biológico-geológico con lo cultural.

El capítulo cuarto presenta un análisis de las formas y los significados que definieron los jardines persas. Manel García Sánchez estudia los jardines y las inmensas reservas de vida natural y animal aqueménidas como lugares con una fuerte carga simbólica. A partir de un detallado estudio de distintas fuentes literarias, epigráficas, arqueológicas, iconográficas y numismáticas, interpreta estos espacios como símbolos de autoridad con los que exaltar la figura del Gran Rey como cazador, agricultor y garante de la fertilidad de la tierra y la legitimidad del imperio. En su intervención el autor también presta atención a las posteriores interpretaciones del imaginario del jardín persa aqueménida, especialmente en lo que se refiere al término “paraíso” que a partir del mundo griego pasó a designar espacios naturales con diseños y funcionalidades muy distintas hasta dar lugar al *locus amoenus* clásico.

En el capítulo quinto, Lluís Pons Pujol evalúa las posibilidades que ofrece el estudio del jardín romano como un elemento único para profundizar en el conocimiento sobre la sociedad romana. Por un lado, desde una perspectiva plenamente consciente de las dificultades que supone la interpretación de un elemento vivo como es el jardín, y atendiendo a la compleja realidad que definió la forma y el significado del jardín romano, evalúa los datos procedentes de diversas disciplinas; por otro, desde un marco que aúna los enfoques metodológicos de la historia, la arqueología, las fuentes literarias, la pintura y la música, el autor pone énfasis en la necesidad de un análisis interdisciplinar con el que superar las limitaciones propias de cada metodología. Argumenta de forma convincente que únicamente superando este tipo de obstáculos es posible obtener una mayor comprensión del jardín en la antigua Roma.

El capítulo sexto se centra en los que fueron los primeros jardines públicos de la ciudad de Roma, el pórtico del complejo del Teatro de Pompeyo situado en el Campo de Marte. Luis Amela Valverde señala los problemas que se plantean en la interpretación tanto del contenido como de la carga simbólica e ideológica del que fue el pórtico más importante de la Roma republicana. Precisamente, pone especial énfasis en la cuestión de que a pesar de tratarse de un complejo plenamente documentado, lo fragmentario de las informaciones proporcionadas por la arqueología, las fuentes textuales o la propia *Forma Urbis*, continúa suscitando amplias discusiones. Se trata de una interesante aportación sobre un conjunto que sentó un precedente para las posibilidades del jardín público en época de Augusto.

Este capítulo da paso a los tres últimos de la sección dedicada a Roma, en los que disciplinas como la arqueología y la arqueobotánica se aplican con diferentes metodologías a estudios de caso concretos. En el capítulo séptimo, Beate Brühlmann y Félix Teichner investigan dos de las villas más relevantes del sur de la Lusitania, la Villa del Milreu (Estói) y la Villa de Abicada (Mexilhoeira Grande), donde la

ausencia de evidencias arqueológicas sobre plantaciones concretas dificulta demostrar la existencia de jardines. Sin embargo, ambos autores logran evidenciar con éxito cómo los resultados obtenidos a partir de elementos arquitectónicos como columnatas, aterrazamientos o muros de apoyo permiten deducir en Milreu una construcción de época augustea destinada a la producción, con extensos campos de olivos y viñedos, que a partir del siglo II d.C. otorga especial protagonismo a los jardines tanto en el interior de la villa como en el exterior; del mismo modo, identifican en la villa marítima de Abicada una parte residencial donde una serie de vacíos arquitectónicos podrían corresponderse con jardines.

En el capítulo octavo, Carme Miró, Santiago Riera y Jordi Ramos estudian los jardines que pudieron conformar la morfología urbana de la colonia de *Barcino* fundada por Augusto entre el 15-10 a.C. A partir de los datos proporcionados por la arqueobotánica, se extrae información de la vegetación asociada al interior de la ciudad, así como al *territorium* y a los huertos suburbanos (*horti*), y se determinan los posibles usos domésticos de los jardines en esta colonia tanto en época imperial como en los momentos posteriores a la fundación (siglos II-III d.C.), cuando se detecta una expansión de las áreas destinadas a la producción agrícola. Según los autores, al igual que Roma, *Barcino* dispondría de jardines públicos y privados y estaría rodeada de cultivos y más jardines, aunque se trata de un análisis verdaderamente revelador de las limitaciones que impone el estudio de los jardines de la Península Ibérica.

Finalmente, Alfredo Buonopane y Federica Maria Riso presentan en el capítulo noveno el caso de las necrópolis de la colonia romana de *Mutina* (Italia), donde las investigaciones interdisciplinares de arqueología, epigrafía y arqueobotánica han permitido confirmar la existencia de jardines funerarios, determinar su contenido vegetal, reconstruir las distintas fases de los rituales funerarios y conocer su posterior cuidado. En las sepulturas, la presencia de ofrendas de alimentos carbonizados evidencia el lugar donde se llevó a cabo el ritual funerario mientras que la ausencia de maleza parece señalar un deseo explícito de mantener siempre dispuesto el lugar destinado a los rituales y el entierro, hecho que corroboran los propios testimonios epigráficos del lugar. En el caso de la necrópolis de Novisad (Módena), el testimonio de una serie de especies ornamentales asociadas a ciertas divinidades, significados simbólicos o propiedades mágicas, también se ha vinculado con la existencia de jardines, un hecho que demuestran las diversas metodologías con las que es posible identificar un jardín funerario.

Puede decirse que este volumen cubre las múltiples disciplinas y metodologías que pueden abordarse en el estudio e interpretación del jardín en el mundo antiguo. Ya sea adoptando enfoques multidisciplinares para ahondar en su forma y significado, ya complementando la arqueología o arqueobotánica con otras fuentes para determinar su existencia y función, las distintas aportaciones tienen éxito en transmitir una visión general de las múltiples tipologías, funciones y significados del jardín en la Antigüedad. Por este motivo, este volumen resulta especialmente útil para todo aquel que desee estudiar este tipo de espacios naturales adoptando una metodología interdisciplinar, una metodología que se revela como la mejor forma de afrontar la complejidad de testimonios que derivan del espacio del jardín antiguo.

Lidia Chiné Zapater  
Universidad Complutense  
lchine@ucm.es